

EL CUARTO CAMINO

Una introducción por Lars Adelskog Segunda y última parte

En esta segunda parte del artículo sobre el cuarto camino se presenta un tratamiento más detallado de las cuatro funciones básicas del hombre y de su conexión con los cuatro centros del hombre; también se discute por qué el conocimiento de los centros es importante, el entendimiento, la correcta actitud, el trabajo en pos de propias metas, conciencia como sentido de lo justo, identificación, el despertar de la voluntad y el sendero a recorrer.

Centros

Nuestras cuatro funciones básicas – movimientos, instintos (incluidas percepciones sensoriales), emociones y pensamientos – se encuentran situadas en cuatro centros en el hombre: el centro del movimiento, el centro instintivo, el centro emocional y el centro intelectual. Se dice que estos centros están situados en ciertos lugares del cuerpo, pero aún si están localizados ahí, sin embargo penetran con su actividad a todo el hombre, de manera que cada centro puede decirse estar presente en todas las partes del cuerpo. Cada centro tiene su propia inteligencia y su propia memoria, su propio trabajo y su propia pereza, de manera que es un ser de pleno derecho; en otras palabras, uno no es una persona, sino cuatro: una persona que se mueve, una persona instintiva, una persona emocional y una persona intelectual; y cada una de estas cuatro “personas” puede saber cosas que las otras tres no saben, recordar cosas que las otras tres no recuerdan, decidir cosas que las otras tres no quieren llevar a cabo, etc.

Algunos centros están divididos en dos mitades – positiva y negativa. Esta división es particularmente diferenciada en el centro intelectual y en el centro instintivo. La división del centro intelectual tiene que ver con “sí” y “no”, afirmación y negación. La división del centro instintivo es obvia: placer y dolor, percepciones sensoriales agradables y desagradables. Esta división gobierna toda la vida instintiva, toda la sensualidad. El centro del movimiento está dividido en dos partes de movimiento y reposo. Podría parecer que el centro emocional está dividido en emociones positivas y negativas, pero este no es el caso. Todas las emociones negativas, odiosas y depresivas, el grueso de lo que causa nuestro sufrimiento psíquico, tienen el mismo carácter y origen – es innatural. Nuestro ser no tiene en realidad un centro propio de emociones negativas, sino que estas se originan en un centro artificial. Este centro comienza a formarse en la temprana infancia mediante imitación, cuando el niño crece e imita las emociones negativas de los adultos.

Además, cada centro se divide en tres partes: parte intelectual, parte emocional y parte de movimiento. La parte de movimiento de cada centro es la más mecánica, la parte intelectual es la menos mecánica. Las partes del movimiento, también llamadas las partes mecánicas, son las partes de los centros que usamos más a menudo. Incluso las partes emocionales las usamos sólo ocasionalmente. Las partes intelectuales por lo general apenas las usamos. Esto muestra como nos limitamos a nosotros mismos, como utilizamos sólo una pequeña parte, la parte más débil de nosotros, la parte más profundamente dormida.

¿Cómo podemos observar qué partes de qué centros están activos en nosotros cuando vivimos nuestra vida diaria? Esto es muy fácil de discernir después de algún ejercicio. Si nuestro “yo” temporal se encuentra en las partes mecánicas de los centros, se manifiesta en el hecho de que los pensamientos, emociones, movimientos o impresiones sensoriales ocurren sin nuestra atención o, como mucho, que la atención salta entre los diversos objetos. Las partes emocionales necesitan para su trabajo que la atención se mantenga en lo que se está haciendo, pero esto se hace sin esfuerzo o intención, porque en este caso el objeto de atención la atrae y mantiene por una fuerza llamada “interés”, “fascinación” o algo similar. Las partes intelectuales

necesitan para su trabajo que se controle y dirija la atención, y esto requiere esfuerzo.

Resumiendo: el carácter de la atención mostrará en qué centro nos encontramos – intelectual, emocional, etc. La cualidad de la atención nos mostrará qué parte del centro está activa: la parte mecánica sin atención, la parte emocional con atención pero sin esfuerzo, la parte intelectual tanto con atención como con esfuerzo. O dicho de otra manera: ningún control en la parte mecánica, control por parte del objeto en la parte emocional y control por uno mismo en la parte intelectual.

Unos pocos ejemplos harán esta división de los centros en tres partes más clara. A través de la parte mecánica del centro de movimiento ocurren todos los movimientos automáticos que en el lenguaje ordinario se denominan “instintivos”, tales como atrapar un objeto que cae sin pensar. El habla irreflexiva y hablar por hablar también pertenecen aquí. Todos los movimientos del centro de movimiento han de ser aprendidos. Los movimientos innatos – por tanto reflejos simples – provienen del centro instintivo. En la parte emocional del centro de movimiento se encuentra una función relacionada con el placer del movimiento, la afición a los deportes y a los juegos de carácter físico. De la parte intelectual del centro de movimiento proviene todo el trabajo físico bien hecho, el trabajo que requiere muchas invenciones, atención constante y adaptación a la realidad. La parte emocional del centro instintivo: sensaciones de dolor o disfrute físico así como los sonidos, olores, gustos, impresiones visuales y otras percepciones sensoriales agradables o desagradables. La parte mecánica del centro emocional: el tipo más mezquino de humor rápido y un sentido tosco de lo cómico; gusto por estar en una muchedumbre, por ser parte de la muchedumbre, atracción por emociones multitudinarias de todo tipo; completa inmersión en emociones inferiores brutales; crueldad, celos, envidia, cobardía, etc. La parte intelectual del centro emocional: el esfuerzo por entender los sentimientos de los demás, consideración de los demás, escrúpulos con respecto a los demás, capacidad de creación artística. Parte emocional del centro intelectual: deseo de conocer y entender, fascinación por el conocimiento, la satisfacción de conocer, la insatisfacción de no conocer. La parte intelectual del centro intelectual: capacidad para el pensamiento multilateral, exhaustivo, sistemático y metódico, capacidad creativa, inventiva, desarrollo y formulación de ideas.

La parte mecánica del centro intelectual tiene su propio nombre. A veces se le refiere como un centro diferenciado y entonces se le llama centro formativo o aparato formativo. La mayoría de la gente utiliza sólo esta parte cuando piensa, no usa las mejores partes del centro intelectual. Su pensamiento procede en consecuencia, porque el centro formativo tiene una capacidad muy limitada para pensar, no puede pensar en sentido propio. Su función es realmente registrar impresiones, recuerdos y asociaciones, no responder a preguntas ni analizar las cosas. Una de sus peculiaridades es que compara sólo dos cosas, como si hubiera sólo dos cosas en el dominio bajo discusión. Además, le gusta pensar en extremos, en categorías de todo o nada, y tiene la tendencia a buscar siempre el opuesto de lo que se dice. El pensamiento formativo intenta despachar todo problema rápidamente y tras la más breve familiaridad con el asunto en cuestión, justo lo necesario para ponerle una etiqueta de manera que el habla automática en la parte mecánica del centro de movimiento pueda continuar y decir algo sobre ello. El pensamiento formativo carece generalmente de la capacidad de adaptarse a la realidad siempre cambiante: por lo general continúa trabajando de la misma manera también cuando las circunstancias han cambiado completamente. El pensamiento formativo no puede entender ideas superiores como las del cuarto camino, dado que su manera de ver las cosas crudamente yuxtapuestas no ve nada sino contradicciones. Si por ejemplo se dice que cierta actividad requiere el ejercicio de la voluntad, el pensamiento formativo replica, “¿Cómo podríamos hacerlo, si se nos dice que no tenemos voluntad?”. Si se dice que necesitamos usar nuestra conciencia, el pensamiento formativo exclama “¡Pero si no tenemos conciencia!”. Aún más, el pensamiento formativo está fuertemente ligado a las palabras y a las definiciones, no

se da cuenta de que la realidad es algo más y que se debe ir más allá de las palabras hasta la realidad misma.

La importancia del conocimiento de los centros

¿Por qué es importante el conocimiento de los centros? Todo ha de ser visto en relación a nuestro objetivo. Si nuestro objetivo es despertar, entonces nuestros esfuerzos constantes deben finalmente hacernos más despiertos, más conscientes. De otra manera no tendría sentido ir más lejos. El importante conocimiento de los centros se refiere precisamente al hecho de que nuestras funciones están divididas entre cuatro centros y también que los centros se dividen en tres partes cada vez más elevadas y cada vez menos mecánicas. Este conocimiento tiene una importancia directa práctica. Uno se observa a sí mismo y constata que está mirando, digamos, un árbol. (El “yo” que observa esto es llamado el “yo observador”.) Antes de que cualquier pensamiento o emoción surja, el “yo” que se está observando es un “yo” instintivo, mirar es una función instintiva. Este “yo”, por lo tanto, está en el centro instintivo. El “yo” observador luego percibe que el grado de atención es muy bajo, mecánico: por tanto la parte mecánica del centro instintivo está implicada.

Esto puede tener en seguida una importancia práctica si el “yo” observador no se contenta meramente con afirmar “la parte mecánica del centro instintivo” sino continúa recordando “existen otras partes en este centro, partes superiores. ¡Movámonos a la parte intelectual! Dirijamos la atención, contemplemos el árbol intencionadamente, y no de manera inactiva, somnolienta.” Y a la vez que esta orden surge entonces otro “yo”, en la parte intelectual del centro instintivo. Procediendo de esta manera uno ha elevado el nivel de conciencia en un centro. Se puede continuar elevándola también en los demás centros. Elevarla a la parte intelectual del centro intelectual significa que también la atención del pensamiento es dirigida al árbol. Desde ahora, el autorrecuerdo puede alcanzar sin demasiado esfuerzo, porque esto requiere actividad de las partes intelectuales de al menos dos centros, mejor en tres, y aún mejor en todos los cuatro.

Lograr autorrecuerdo es, con seguridad, el propósito de todos los ejercicios de auto-observación; pretenden conducir a uno al autorrecuerdo, por breve que sea. La constatación a la que llegamos mediante la auto-observación – de que habitualmente estamos casi siempre en las partes mecánicas de los centros – debería conducirnos al esfuerzo de elevar la calidad de la atención a las partes intelectuales de los centros, y luego más allá, al autorrecuerdo.

El autorrecuerdo no es una función, ni siquiera en las partes intelectuales de los centros. El autorrecuerdo es otro estado de conciencia, está por “encima de los centros” con sus funciones mecánicas. Pero es cierto que el autorrecuerdo se encuentra más cerca de las partes intelectuales, y que es comparablemente más fácil llegar desde estas partes al autorrecuerdo que de las partes inferiores, más mecánicas de los centros.

El autorrecuerdo a través de la observación de las funciones en los centros y en las partes de los centros es sólo uno de los muchos ejercicios realizados en el cuarto camino. Por muy diferentes que todos estos ejercicios puedan ser, no tienen sino sólo un propósito: pretender conducir y facilitar momentos de autorrecuerdo.

Entendimiento

En el cuarto camino, el entendimiento debe ocupar el primer lugar. Cuanto más se entienda, mejor será el resultado del trabajo. Entendimiento significa cierto posible máximo de cierto nivel tanto de conocimiento como de ser. Pero este máximo constantemente se eleva y se hunde, porque nuestro ser no es constantemente el mismo: cambia con nuestros estados de conciencia. En un momento podemos estar más dormidos, en otro momento más despiertos. Podemos entender algo por la mañana; y el mismo entendimiento puede haberse desvanecido por completo por la tarde. Incluso la mejor memoria que tengamos es insuficiente, porque

cada cosa esencial que llegamos a conocer hemos de intentar recordarla mediante entendimiento. Esto lo hacemos poniéndola en su lugar correcto con otras cosas en un sistema, porque todo conocimiento digno de ese nombre debe ser parte de algún sistema. Si uno pone el conocimiento que se ha entendido en su lugar correcto en el sistema, no se olvidará fácilmente. Entender algo significa ver su lugar en un todo mayor, conectarlo con este todo, captando su relación con las demás cosas y con uno mismo.

En el cuarto camino, no es en absoluto necesario creer en nada; la creencia así como la duda es a menudo una fácil evasión para la pereza intelectual. En vez de eso, uno debería intentar verificar las cosas que a uno se le enseñan. El total de la enseñanza psicológica de las divisiones del hombre, los muchos “yoes”, la mecanicidad, el sueño, etc., puede ser verificado a través de la propia experiencia, mediante auto-observación. Lo que no se puede verificar se puede asumir por el momento como hipótesis de trabajo o dejarlo de lado. Pero no hay una sola idea en la enseñanza del cuarto camino que se pueda entender mejor creyendo en ella. No se debe tener demasiada prisa; requiere tiempo familiarizarse uno mismo con la enseñanza, y luego requiere un trabajo largo e intensivo sobre uno mismo durante el que finalmente se descubrirá más y más sobre uno mismo, de manera que se será capaz de verificar en la práctica todo lo que ha sido enseñado en teoría.

El entendimiento es una función combinada de varios centros. Cada centro por separado sólo puede conocer; pero cuando combinan su conocimiento, esto produce entendimiento. Para entender algo se necesitan al menos tres centros. Uno no puede entender algo sólo intelectualmente, utilizando sólo el centro intelectual, sino que debe ser también emocional, utilizando el centro emocional. El entendimiento no puede ser profundo sin energía emocional. En nuestra sociedad, se ha puesto de moda hablar de “inteligencia emocional”, pero como sucede usualmente, cuando el conocimiento originado en las escuelas esotéricas gotea a la comunidad en general y es popularizado, queda distorsionado de manera que su contenido esencial se pierde. Quienes dan charlas sobre este tema popular de la “inteligencia emocional” han captado hasta ahora correctamente que la emocionalidad tiene su propia inteligencia, que podemos tomar como guía en nuestras relaciones con los demás. Pero luego se introducen muchos errores, dado que no tienen acceso a las escuelas internas careciendo de ello han de recurrir a la especulación, que siempre debe extraviarles. Por ejemplo, defienden que es siempre correcto expresar toda clase de emociones, incluso las negativas, sólo que uno es “consciente” de ellas al expresarlas. A esto debe decirse que, en primer lugar, la expresión de las emociones negativas es completamente inútil y, en segundo lugar, es imposible ser consciente cuando se expresan esas emociones. En el cuarto camino, la aplicación práctica más importante de la inteligencia emocional es el despertar de la conciencia como sentido de lo justo, que se tratará luego con mayor amplitud.

Si se contempla una cosa desde el punto de vista de un centro, de otro centro y luego de un tercero, entonces uno realmente entiende. Porque el hombre no es uno, sino muchos; una persona intelectual, una persona emocional, una persona instintiva y una persona en movimiento. Además, el entendimiento es de una cualidad muy diferente dependiendo de la cantidad y profundidad de conocimiento, y dependiendo de cómo de activas sean las partes superiores y más despiertas de los centros. En las partes inferiores y mecánicas, el entendimiento es débil o no existente. El entendimiento profundo requiere que las partes intelectuales de los centros sean las más activas.

Correcta actitud

Correcto entendimiento presupone correcta actitud. Nos es de poco beneficio aceptar como un hecho que somos máquinas, que no somos conscientes, que no tenemos mucho control, que la mayoría de las cosas simplemente nos suceden. Si hemos de volvernos menos mecánicos y más conscientes, esto requerirá que cambiemos, y lo primero que tenemos que cambiar del todo

son nuestras actitudes. Nuestras actitudes son funciones intelectuales sobre las que tenemos cierto control, y es por eso por lo que comenzamos por ellas. Las actitudes pueden dividirse a grandes rasgos en dos grupos según la división básica del centro intelectual en las partes positiva y negativa. La parte positiva afirma, acepta; la parte negativa niega, rechaza. Correcta actitud significa toda actitud que promueve el trabajo sobre nosotros mismos, el trabajo para desarrollar nuestra conciencia posible, para despertar. La falta de entendimiento muy a menudo se debe a una actitud errónea, es decir, tener una actitud positiva hacia cosas hacia las que deberíamos tener una actitud negativa, y viceversa, tenemos una actitud negativa cuando deberíamos tener una actitud positiva. Hay muchas cosas en la vida que no se pueden entender a menos que no se tenga hacia ellas una actitud correcta y negativa, porque si se adopta una visión positiva sobre esas cosas no se entenderán ni estas ni otras correctamente. Hay demasiadas cosas en la vida en la Tierra que están mal, cosas que no favorecen al hombre, le impiden cumplir su misión más importante: desarrollar su conciencia. Intentar crear sólo actitudes positivas es tan erróneo como abrigar sólo negativas.

Las actitudes no deberían confundirse con las emociones. Las emociones negativas son completamente inútiles; las actitudes negativas son en muchos casos necesarias para nuestro desarrollo. Es igualmente necesario tener actitudes positivas hacia todo lo relacionado con nuestro trabajo interno sobre nuestra conciencia. Si tenemos actitudes negativas hacia ello, ningún desarrollo es posible. Un ejemplo de actitud negativa correcta es la negativa a recibir impresiones absurdas, feas, degradantes de la “cultura” moderna y un ejemplo de actitud positiva correcta es dirigir la atención a las creaciones intemporales de la verdadera cultura en la música, el arte, la literatura, y recibir intensivamente impresiones elevadoras, ennoblecedoras, refinadas, que nutren nuestra esencia y promueven el desarrollo de la conciencia. Separarnos de lo malo es tan importante como absorber lo bueno.

Si uno necesita cambiar su actitud y lo hace, el pensamiento propio cambiará, y las evaluaciones también. La evaluación es entendimiento emocional, y cambiándolo podemos poner al centro emocional en la línea de cambio de dirección experimentado por el centro intelectual. Los dos centros pueden cambiarse para trabajar en la misma dirección, y esto aumentará el suministro de energía a nuestro esfuerzo.

Trabajar para las propias metas

Todo trabajo debe tener una meta, y esto por supuesto es también cierto del trabajo del cuarto camino. Es necesario que todos los que se toman en serio su trabajo de desarrollar la conciencia tengan claro que metas tienen. Para formular una meta propia, se debe saber algo de la posición propia, porque si no, todas las metas serán imaginarias. Las metas deben ser concretas y realistas, estar dentro de los límites de lo posible, estar claramente formuladas y ser revisadas constantemente.

Al comienzo la gente por lo general se pone metas demasiado abstractas y distantes. Es como andar hacia una luz remota en la noche. Por el camino uno ve otras luces que están más cerca y camina hacia ellas, luego otras luces todavía más cercanas, etc. Esta es la manera en que las metas con el tiempo se convierten en más realistas, y finalmente tan cerca de uno mismo que puede alcanzarlas. Por razones prácticas uno no debería tener una visión demasiado grande de las cosas, no debería mirar muy lejos. Uno no puede trabajar para un futuro distante, trabaja para mañana. ¿Se encuentra que algo está mal hoy? ¿Cómo es eso? Porque algo estaba mal ayer. Así que si se hace lo correcto hoy, hay una posibilidad razonable de que sea correcto mañana. Esta es la actitud que se debe tener hacia las metas propias. Si no se tienen metas, resulta imposible saber que es el éxito y que es el fracaso, que es mejor y que es peor, donde está uno y hacia dónde va.

Si uno ha formulado su meta – y formulado no sólo de una vez por todas sino trabajando en ella diariamente, acordándose de ella de vez en cuando, porque de otra manera, uno la

olvidará por largo tiempo – resultará más fácil atraparse a uno mismo en momentos en que uno está más cerca de la meta, observarse y recordarse a uno mismo en mejores estados. Se debe comprobar que uno está siempre moviéndose, desde el sueño a algo más despierto, o por el contrario desde un estado despierto a uno más somnoliento; uno nunca permanece en el mismo lugar. A veces se está más cerca de la meta y a veces más lejos de ella. Si la meta está siempre más o menos presente, mucho es posible que de otra manera sería imposible. Ningún resultado puede obtenerse si no hay meta, esfuerzo y decisión.

Resulta interesante constatar que no menos de tres elementos del noble óctuple sendero del Buda conciernen al trabajo en las propias metas, es decir: correcta actitud, correcta decisión y correcto esfuerzo. La correcta actitud es necesaria para la correcta decisión, y la correcta decisión es necesaria para el correcto esfuerzo. Y sólo haciendo constantes esfuerzos se alcanzará la meta.

Estableciendo una meta uno puede establecer los principios del bien y del mal. No puede haber una idea clara del bien y del mal ni de lo justo y del injusto sin haber establecido primero una meta o dirección. Cuando se tiene una meta, todo lo que se opone a la meta o aleja de ella es erróneo, y lo que ayuda a la meta es correcto. Si esta meta personal corresponde a las posibilidades de desarrollo de la conciencia, entonces contiene una base común de valores para muchas personas, todas las que quieren desarrollarse. Lo que nos impide alcanzar nuestra meta es la mecanicidad, el sueño; y lo que nos ayuda a conseguir nuestra meta es la conciencia, estar despiertos. De esto se sigue que la conciencia es buena y la mecanicidad es mala. En lugar de “bueno” y “malo” la gente que quiere desarrollarse puede hablar de “consciente” y “mecánico”. Esto es suficiente a efectos prácticos. No significa que todo lo mecánico debe ser malvado, sino que lo malo no puede ser consciente, que debe ser mecánico. Más aún: que el bien no puede ser mecánico sino que debe ser consciente. Todo el mundo debe preguntarse: ¿Puedo ser malo conscientemente? ¿Puedo conscientemente hacer lo que he visto que es malo? ¿No debe ser el mal, si me he dado cuenta de lo que es, ser algo que hago mecánicamente, en mi estado de sueño? Y lo correspondiente respecto al bien: ¿Puedo ser bueno en mi estado mecánico y somnoliento habitual? ¿No debo ser consciente para ser bueno?

Nuestra capacidad para visualizar, que a menudo no usamos muy sabiamente, puede ayudarnos en el trabajo en pos de nuestras metas. Podemos visualizar como actuaríamos, si fuésemos seres conscientes, si fuésemos constantemente conscientes. ¿Actuaríamos en la manera que habitualmente obramos, diríamos lo que decimos, etc.? Podemos visualizarnos siendo diferentes. Este es un uso muy creativo de la visualización. Esto también muestra la diferencia entre la visualización creativa y la imaginación común. La imaginación es enteramente emocional, nos controla y es negativa. La visualización creativa es intencionada, por tanto menos mecánica, más consciente, es controlada por nosotros y es positiva.

Conciencia de lo justo

Los valores morales cambian constantemente, y varían de persona a persona; no hay nada constante en ellos. Por ejemplo, en muchas partes del mundo se considera muy inmoral dejar de matar a alguien que haya matado al primo de tu padre y en vez de eso entregarlo a la policía; en Europa occidental quienes están en el poder tratan ahora de martillar en los ciudadanos una nueva moralidad que dice que uno es una mala persona (un “racista” o un “nazi”) si uno expresa sentimientos nacionales y uno se opone a que los caracteres nacionales sean aniquilados y suplantados por el multiculturalismo. Si examinamos las reglas morales en existencia, encontramos que todas se contradicen unas a otras. No existe algo como una moral general; ni siquiera algo que pudiera llamarse moralidad cristiana. Todo es más o menos subjetivo y arbitrario, en su mayor parte creado por las élites en el poder con el propósito de manipular a las masas.

En el cuarto camino, el entendimiento de lo justo y lo injusto es vitalmente importante. Recorriendo este camino, un hombre debe tener cierto sentido de lo justo y lo injusto. Luego debe ser lo suficientemente escéptico respecto a la moralidad corriente y debe haber entendido que no contiene nada general o estable. Y debe entender la necesidad del bien y del mal objetivo, que hay estándares definidos e inmutables mediante los cuales puede discernir entre lo justo y lo injusto en cada caso individual, de manera que todas las concepciones arbitrarias de lo justo, limitadas a épocas y lugares, dejen paso a normas absolutamente válidas de lo justo. Todo esto tiene que ver con comenzar desde una actitud correcta, una correcta concepción; lo que el Buda llamó correcta visión y enumera primero entre los ocho elementos que constituyen el noble sendero óctuple. La moralidad pasa, pero el sentido de lo justo perdura.

Se nos ha enseñado que el hombre tiene la posibilidad de existir en cuatro estados de conciencia pero que tal como es en la actualidad no tiene prácticamente experiencia de los dos estados superiores: autoconciencia y conciencia objetiva. La conciencia objetiva se describe como un estado en el que podemos conocer la verdad. Si alcanzamos ese estado, también conoceremos lo que está bien y lo que está mal. En consecuencia, el mismo camino que conduce a la conciencia objetiva conduce también al entendimiento de lo justo y lo injusto. Dado que no tenemos conciencia objetiva, consideramos que todo lo que nos ayuda a desarrollarnos es correcto, y todo lo que es un obstáculo para nuestro desarrollo como incorrecto y malo.

En nuestro camino a la conciencia objetiva, en el tercer estado de conciencia, la autoconciencia, podemos tener cierta conciencia objetiva, en concreto de nosotros mismos. Un aspecto importante de esta conciencia objetiva es la conciencia de lo justo. Aquí la palabra conciencia no significa las reacciones individuales en contra de las violaciones de las prohibiciones que se expresan mecánicamente en las personas e incluso en animales domésticos como perros y gatos. Una conciencia de esa clase puede ser totalmente arbitraria y dependiente de la moralidad convencional a partir de la cual las prohibiciones en cuestión han sido formuladas. En la enseñanza del cuarto camino, la conciencia de lo justo es cierta facultad que existe en toda persona normal, y por persona normal quiere decirse una en la que la autoconciencia pueda desarrollarse. Conciencia de lo justo es un estado instantáneo y repentino en el que uno no puede ocultarse nada de uno mismo, no puede mentirse, en el que uno es de golpe consciente de todos los sentimientos que uno ha tenido en relación a algo o a alguien, todos estos sentimientos con todas sus mutuas contradicciones e inconsistencias. Es un darse cuenta abrumador de cuán dormido y mecánico es uno en sus sentimientos, cuanta mentira y falsedad, cuantas contradicciones absurdas existen en los sentimientos que uno imagina que son nobles, altruistas y amorosos. La conciencia de lo justo existe en todos nosotros, pero duerme muy profundamente. Puede despertar por un breve momento en la vida diaria, y cuando lo hace, por lo general conlleva sufrimiento, al menos al comienzo, porque es muy desagradable ver la verdad sobre uno mismo.

La conciencia como sentido de lo justo es otra manifestación de estar despierto, de ser consciente. Se podría decir que la conciencia como percepción funciona más en el lado intelectual y la conciencia de lo justo más en el lado emocional. La conciencia de lo justo es lo mismo en relación a los sentimientos que la conciencia como percepción en relación a las ideas. La conciencia intelectual y la conciencia emocional sólo parecen estar separadas. En realidad son dos aspectos del mismo estado, y uno no puede desarrollarse sin el despertar del todo. La conciencia de lo justo es una herramienta de discriminación que nos ayuda a ver lo que es bueno y malo o justo e injusto en nuestra propia conducta. Los momentos de conciencia de lo justo son pasos absolutamente necesarios en el camino de despertar y un hombre sin esta conciencia de lo justo no puede desarrollarse.

Aún así, esta conciencia no se encuentra muy lejos del ser humano normal, y en general es

más fácil tener momentos de conciencia de lo justo que de percepción intelectual clara. Al principio cuando la conciencia de lo justo se nos manifiesta, se vuelve contra nosotros, y comenzamos a ver todas nuestras contradicciones internas. Por lo general no podemos verlas, porque estamos siempre en uno u otro pequeño “yo” que no sabe de los demás “yoes”, pero la conciencia de lo justo puede ver desde lo alto y mostrarnos que aquí sentimos una cosa, allí otra por completo diferente y siempre sobre el mismo asunto o la misma persona. Por ejemplo, amamos a alguien un momento y le queremos ver muerto el siguiente. Nos hacemos conscientes de esas contradicciones en momentos de conciencia así, y esto es lo que la hace tan desagradable. Toda nuestra vida, todas nuestras maneras habituales de pensar, tienen sólo un objetivo – evitar choques, sentimientos y constataciones desagradables acerca de nosotros mismos. Y esto es lo que principalmente nos mantiene dormidos. Pero si queremos despertar, debemos dar la bienvenida a los momentos de conciencia de lo justo, sin miedo, con gratitud. Despertar la conciencia así es despertar el coraje de ver la verdad sobre nosotros mismos.

Identificación

Cuando comenzamos a observarnos a nosotros mismos, encontramos que la mayoría de nuestras funciones, las funciones emocionales en particular, van acompañadas de un extraño fenómeno: somos cautivados con demasiada facilidad por lo que quiera que estemos observando, nos quedamos demasiado absortos en las cosas, de manera que quedamos perdidos en ellas. “Quedar perdido” significa aquí que la auto-observación, que posiblemente estaba allí antes de que este fenómeno apareciese, cesa por completo. Este estado de perderse en lo que quiera que uno esté mirando, sintiendo o pensando se llama identificación. Un ejemplo muy claro es cuando encendemos la televisión, sin ninguna intención en realidad de ver ningún programa en concreto, picoteamos por los canales, llegamos a una película dramática que recién ha comenzado y nos quedamos sentados durante una hora y media, atrapados bajo el control de la película. Durante este tiempo no existimos realmente; somos la película, estamos identificados con ella. Otro ejemplo es cuando estamos discutiendo con alguien y nos quedamos totalmente implicados emocionalmente. Si nos observamos inmediatamente después, nos daremos cuenta de que no estábamos presentes, no estábamos allí. Tampoco estábamos en otro lugar. No existíamos – excepto como funciones inconscientes y mecánicas.

Como pasa en todo lo demás, también en la identificación hay grados. Las identificaciones pueden ser fuertes o débiles, profundas o superficiales. Al observarse a uno mismo, uno puede encontrar cuando está más identificado, menos identificado o no identificado en absoluto. A veces uno se identifica de manera que no puede ver nada más, otras veces se puede ver algo. Si las cosas fueran siempre igual, no tendríamos oportunidad, pero siempre varían en grado de intensidad, y esto nos da una posibilidad de cambio.

Estar a merced de algo es un caso extremo, una identificación profunda. Pero hay muchas identificaciones menores que son difíciles de observar, y estas son más comunes. Son las más importantes, porque nos hacen seguir siendo mecánicos. Entre el sueño profundo y el despertar hay muchas etapas diferentes y pasamos de una etapa a otra. Estamos siempre pasando de una identificación a otra.

Si uno está fuertemente identificado con algo, uno está prácticamente dormido. En estados de identificación débil, uno no está tan profundamente dormido, uno está más cerca de estar despierto. Si se quiere despertar, uno debe estar libre de identificación. Podemos liberarnos. Tal como somos ahora no somos casi nunca libres, porque estamos prácticamente siempre identificados.

Si uno se observa inmediatamente después de un corto espacio de tiempo de fuerte identificación, percibirá un vacío interno. Este vacío depende de la ausencia de uno mismo, de la propia esencia. Durante el tiempo en que uno está identificado es imposible observarse a

uno mismo y por supuesto recordarse a uno mismo. Sin embargo, en el momento en que uno se observa a sí mismo, es imposible estar identificado. Por tanto identificación y auto-observación o autorrecuerdo son estados mutuamente exclusivos: si uno está presente, el otro está ausente.

Si uno se atrapa a sí mismo después de un estado de profunda identificación, se puede comparar ese momento con otros estados. De esta manera uno puede tener claro lo que significa estar identificado. Cuando uno comienza a observarse a sí mismo, ciertas formas de identificación se vuelven imposibles. La mejor manera de entender la identificación es encontrar ejemplos. Por ejemplo, observar como una persona está a merced de sus puntos de vista, sus argumentos, su irritación, su entusiasmo; todo esto es identificación. Luego uno encuentra los estados correspondientes en uno mismo. Uno se da cuenta de que las identificaciones están ahí todo el tiempo – no sólo en los momentos en los que algo inusual sucede.

Es importante darse cuenta de que las identificaciones nunca pueden ser de ayuda. No ayuda a uno a entender más o mejor; sólo hacen las cosas más confusas y más difíciles. Si se comprende eso, puede resultar de ayuda en algunos casos. La identificación no nos proporciona energía que podamos usar, sólo energía destructiva. En estados de identificación no se puede sentir correctamente, pensar correctamente, ver correctamente, juzgar correctamente. La identificación y la imaginación son las causas principales de nuestra debilidad.

La identificación sucede cuando uno es repelido o atraído por algo. El estudio o la observación no producen necesariamente identificación, pero la atracción y la repulsión siempre lo hacen. También usamos el lenguaje demasiado fuertemente, y esto automáticamente produce identificación. Tenemos muchos dispositivos automáticos de esta clase.

La identificación siempre tiene un elemento emocional. Es una especie de perturbación emocional. Pero a veces la identificación se convierte en un hábito, de modo que uno ni siquiera percibe el elemento emocional. Esto no es decir que la emoción es mala. En sí misma la emoción debe proporcionarnos nueva energía, nuevo entendimiento. La emoción no es destructiva, pero la identificación lo es. Es muy fácil confundir identificación con emoción. No tenemos una experiencia muy amplia de emoción sin identificación, de modo que al comienzo tenemos dificultad para entender lo que es una emoción libre de identificación. La gente a menudo habla de sus emociones cuando en realidad quieren decir sus identificaciones.

Las emociones negativas no pueden existir sin identificación. Las emociones realmente positivas están libres de identificación. El amor real existe en estados de no-identificación; es imposible con identificación. Hay simpatía sin identificación y simpatía con identificación. Cuando la simpatía se mezcla con identificación, a menudo termina en ira, odio o en una emoción negativa de otra clase. La identificación finalmente mata todas las emociones excepto las negativas. Con la identificación permanece sólo el lado desagradable.

No es tanto una cuestión de con qué se identifica uno. La identificación es un estado interior. Muchas cosas de que pensamos que están fuera, están en realidad dentro de nosotros. Por ejemplo, el miedo es independiente de las cosas. Si uno se encuentra en un estado de miedo, se puede temer cualquier cosa, objetos inocuos de la vida diaria, ceniceros y perchas. Esto a menudo sucede en estados patológicos, y un estado patológico es sólo un estado ordinario intensificado. Este hecho, que las identificaciones están dentro de nosotros, no fuera, hace posible que nos liberemos de ellas.

Ciertos deseos deben estar vinculados con la identificación: por ejemplo el deseo de hacer daño a alguien. No puede hacerse sin identificación, y si la identificación desaparece, uno deja de querer hacerlo. Es posible no perderse a uno mismo; perderse a uno mismo no es un elemento necesario del deseo.

Uno supera la identificación dándose cuenta de que se está identificado y luego poniendo la atención en algo más importante. Para hacerlo se debe distinguir entre cosas importantes y cosas sin importancia. Si se dirige la atención fuera de las cosas menos importantes a las más

importantes, con el tiempo esto ayudará a volverse menos identificado con cosas sin importancia. Si uno quiere quedar libre de la identificación, se debe ser capaz de ver este estado como aparte de uno mismo, separado de uno mismo, y esto se puede hacer sólo intentando volverse más consciente, intentando recordarse a uno mismo, ser consciente de uno mismo.

De alguna manera, luchar contra la identificación no es tan difícil, porque como veremos, se vuelve tan ridícula que no podemos permanecer identificados. Las identificaciones de los demás siempre nos parecen ridículas y las nuestras pueden también llegar a parecerlo. La risa puede ser útil en este sentido, si podemos dirigirla hacia nosotros.

Si uno está completamente absorto en el propio trabajo, será un trabajo malo. Si uno está identificado uno nunca puede obtener buenos resultados. Es una de nuestras ilusiones pensar que debemos perdernos a nosotros mismos para conseguir buenos resultados, porque de esta manera sólo obtenemos resultados pobres. Es una idea errónea pensar que uno no puede estudiar a una persona o ninguna otra cosa sin perderse a uno mismo. Si uno se pierde en algo, no puede estudiarlo. La identificación es siempre un elemento debilitador; cuanto más se identifica uno, peor será el estudio y menores serán los resultados. Podemos hacer bien lo que estamos haciendo sólo en la medida en que estamos despiertos. Cuanto más estemos dormidos, peor hacemos lo que estamos haciendo – no hay excepciones.

El propósito de luchar contra la identificación es despertar. La identificación es una característica del sueño; la mente identificada está dormida. La liberación de la identificación es uno de los aspectos del despertar. Un estado en el que la identificación no existe es muy posible, pero no lo observamos en la vida y no nos damos cuenta de que estamos constantemente identificados. La identificación no puede desaparecer por sí misma; el esfuerzo es necesario. Pero antes uno debe entender lo que significa identificarse.

Requiere tiempo entender lo que es identificarse. Ayudará al entendimiento, si uno quiere recordarse a sí mismo, encontrar que no puede, e intentar comprender por qué no puede. Entonces se comprende que la identificación lo impide. Entonces se comprenderá lo que es. Todas estas cosas – identificación, sueño, mecanicidad – están relacionadas.

La única manera de llegar a conocer la identificación es observar el fenómeno, porque no es siempre igualmente fuerte. No nos damos cuenta de la temperatura del nuestro cuerpo salvo cuando se vuelve un poco más elevada o baja de lo normal. De manera similar podemos percibir la identificación cuando es más fuerte o más débil de lo usual. Comparando estos grados podemos comprender lo que es la identificación.

Hay muchas formas de identificación, pero el primer paso es percibirla; el segundo es combatirla para liberarnos de ella. Gastamos nuestra energía de la manera errónea en la identificación y en las emociones negativas; son grifos abiertos por los que se va nuestra energía.

Consideración

La identificación con las personas adopta una forma particular que se llama consideración interna. Dos condiciones por completo diferentes pueden entenderse por “consideración”: se puede considerar externamente, intentar entender como los demás perciben las situaciones; se puede considerar internamente, retirarse dentro de la cáscara de uno, consentir en la auto-absorción y la visión distorsionada del mundo circundante y de los demás. La consideración interna por lo general consiste en sentir que los demás no nos tratan bien, no nos tratan como es debido, no nos estiman en nuestro propio valor, que somos mal tratados por la fortuna o por la vida en general. La consideración interna siempre adopta la forma de un machacar constante sobre el mismo tema, un tipo de pensamiento emocional que se reduce a la convicción de que los demás no nos consideran lo suficiente. Hay algunas formas manifiestas de las que las personas más cercanas al individuo y a menudo él mismo se dan cuenta. Hay

muchas formas sutiles que no percibimos, y aún así nuestra vida está llena de ellas. La consideración interna tiene una y la misma tendencia: soy una víctima, mi sufrimiento es peor que el de los demás, nadie me entiende ni a mí ni a mis problemas, a nadie le importa, merezco mucho más aprecio, etc. Por supuesto, los individuos pueden convertirse en víctimas de todo tipo de iniquidades objetivas y sufrimiento real; sin embargo, lo que se quiere decir por consideración interna no es un examen racional de las malas condiciones existentes, sino un estado subjetivo, interno que en realidad no se debe a las circunstancias externas. Su causa no es externa, sino interna, una perturbación emocional interna.

La consideración externa consiste en entender las dificultades de los demás, entendiendo lo que quieren, observando la impresión que uno causa en la gente e intentar no causar una impresión equivocada. Con la ayuda de la consideración externa uno controla la impresión que se desea producir, otro tipo de impresión de la que uno de otro modo se causaría mecánicamente. La consideración externa significa tomar en cuenta las debilidades de los demás, ponerse a uno mismo en su lugar pensando y sintiendo intencionadamente, mientras se retienen las reacciones mecánicas a estas personas. A menudo en la vida esto se describe con la palabra “tacto”, sólo que el tacto puede ser educado o accidental. La consideración externa significa control. Si aprendemos a utilizar la consideración externa conscientemente, nos dará una posibilidad de controlarnos a nosotros mismos y la situación.

Si uno considera internamente pierde momentos de consideración externa. La consideración externa debe cultivarse, la interna debe eliminarse. Pero primero hay que observar y constatar cuán a menudo uno pierde momentos de consideración externa y el enorme papel que juega la consideración interna en la vida.

Al considerar a la gente externamente uno hace, no lo que le resulta agradable a uno, sino lo que les agrada a ellos. Significa que uno debe sacrificarse a uno mismo, pero esto no significa autosacrificio. Significa que en las relaciones con las personas uno se disciplina de manera que primero piensa y después actúa. La reflexión mostrará, la mayoría de las veces, que si estas personas preferirían que actuásemos de una manera y no de otra, y a nosotros nos da lo mismo, ¿por qué no actuar como a ellas les gusta? Lo que es mejor para uno, lo que es mejor para los demás, lo que los demás son, lo que se quiere de ellos, lo que se quiere hacer por ellos – todo esto debe contar. La idea es que en relación a la gente las cosas no deben suceder de manera mecánica, sin pensar. Uno debe decidir el curso de acción. Significa que uno no pasa de largo de los demás sin verlos. Sin embargo, la consideración interna significa que se camina al lado de los demás sin percibirlos. Tenemos demasiada consideración interna y no suficiente consideración externa. La consideración externa es muy importante para el autorrecuerdo. Si no tenemos suficiente de ella, no podemos recordarnos a nosotros mismos.

Consideración interna significa identificación. Consideración externa significa luchar contra la identificación. Consideración externa significa usar la atención dirigida, es decir estar en las partes intelectuales de los centros: en este caso tanto del centro intelectual como del emocional. La consideración externa esta cerca del autorrecuerdo y puede pasar al autorrecuerdo; entonces se convierte en un tipo de autorrecuerdo en relación a otra persona. La consideración interna es mecánica; la consideración externa está cerca de la conciencia. De modo que practicando la no-identificación, intentando controlar la atención, se encuentran muchas oportunidades de estudiar la consideración externa y, si se encuentran ejemplos, quizás se encuentren métodos de luchar contra la consideración interna y transformarla en la práctica de la consideración externa.

Si se quiere comenzar a trabajar en la eliminación de la consideración interna, se deben encontrar momentos libres de consideración y ver como comenzar a luchar contra ella y a estudiarla. Se debe intentar en los momentos libres pensar correctamente sobre ella. Cuando uno está considerando, es demasiado tarde. Se debe pensar en los típicos casos de consideración, en lo que la produce, y luego adoptar un punto de vista correcto sobre ello, darse cuenta

de cuán inútil y ridícula es. Luego comparar con la consideración externa, e intentar no olvidarla. Si se hace esto se puede llegar a recordar cuando llega un momento de consideración, y quizás no llegue. Lo que es realmente importante es pensar sobre la consideración cuando uno está libre de ella, y no justificarla o esconderla de uno mismo.

El despertar de la voluntad

Una constatación importante es que el hombre en su estado ordinario, antes de haber desarrollado su conciencia, *no puede hacer*. De hecho es una de nuestras ilusiones más queridas que constantemente hagamos cosas, que podamos hacerlas, que este hacer provenga de “nosotros mismos”, que es decir “yo estoy haciendo esto”. Es una observación práctica simple que el hombre es un ser en el que prácticamente todos los pensamientos surgen mecánicamente, sin desearlos o controlarlos; un ser en quien prácticamente todas las emociones surgen por sí mismas, sin ejercer el menor control sobre ellas. Incluso cuando decide algo, con la mayor frecuencia no es capaz de llevarlo a cabo, porque el pequeño “yo” que tomó la decisión se ha desvanecido prontamente y ha sido reemplazado por otros “yoes” que no saben nada de la decisión y no están preparados para llevarla a cabo.

Creemos que podemos hacer, porque no nos hemos observado lo suficiente. Si nos observamos, tratando de hacer lo que no hemos hecho nunca antes o intentando hacerlo de otra manera, entonces constataremos si podemos hacer o no. Pensamos que hacemos, pero en realidad sólo sucede en nosotros, y a esta cadena de acontecimientos mecánicos lo llamamos “hacer”. Casi todo nuestro hacer consiste en acontecimientos repetidos que siguen patrones establecidos en nosotros desde hace mucho tiempo. Estos patrones son tan mecánicos como nuestros pensamientos mecánicos y nuestras emociones mecánicas. “Mecánico” significa que surgen de ellos mismos, a través de impulsos y acontecimientos al margen de nuestra voluntad y control. No hago “yo”, sino “ello” hace en mí.

El hombre es de manera demostrable un ser casi completamente mecánico, dividido en cientos de pequeños “yoes” que se reemplazan entre sí constantemente. Es autoconsciente sólo por breves y raros momentos, y está dormido todo el resto del tiempo. ¿Cómo es posible que el hombre por un lado sea un ser así y por otro lado sea capaz de hacer? ¿Cómo es posible que el hombre por un lado no tenga conciencia y por otro lado posea voluntad? No, no es posible. Hacer presupone un “yo” consciente, un “yo” que controla, un “yo” que piensa, siente y decide por sí mismo; y el hombre es un “yo” así sólo por breves momentos. Los seres que están dormidos no pueden hacer. Para ser capaz de hacer, el hombre debe despertar.

Todas esas cosas como la conciencia, la voluntad, el yo unitario, estar despierto, autocontrol, emociones positivas, etc., son cualidades y facultades de gente desarrollada, no de gente común sin desarrollar. Y todos nacemos con la conciencia sin desarrollar; que la conciencia se desarrolle más tarde, depende exclusivamente de nuestro trabajo, nuestro conocimiento y esfuerzo. Las personas número 1, 2 y 3 son en ese sentido iguales, están en la misma etapa. La autoconciencia duradera, permanente presupone un trabajo largo y duro con uno mismo y existe sólo en un ser humano de clase superior llamado hombre número 5 en el cuarto camino. Y la voluntad real existe sólo en un hombre que haya progresado aún más lejos, el hombre número 7. Estamos aquí hablando sobre personas en quienes esto existe como capacidades permanentes. Y todo esto es el resultado exclusivo del autodesarrollo; nada de esto puede venir sólo por accidente; todo esto debe ser adquirido por el hombre mediante su propio trabajo, a medida que recorre el sendero. La conciencia puede nacer sólo de la conciencia; la voluntad sólo de la voluntad.

Las más grandes cualidades y capacidades han crecido todas a partir de los primeros intentos débiles y titubeantes. El hecho de que no seamos seres conscientes no significa que no tengamos momentos de conciencia. El hecho de que seamos seres que, hablando en general, no pueden hacer, no significa que no intentemos hacer. El hecho de que en gran medida no

tengamos voluntad no significa que no debiéramos intentar despertar nuestra voluntad. Recorrer el sendero es hacer lo que no podemos hacer. No podemos, no podemos, no podemos y de repente podemos. Es en momentos de autorrecuerdo que podemos comenzar a hacer, que podemos comenzar a usar la voluntad. Porque los momentos de autorrecuerdo no son sólo momentos de conciencia, sino también momentos de voluntad. En estos momentos no somos mecánicos; en estos momentos podemos hacer. Por lo tanto, deberíamos constantemente hacer esfuerzos para crear estos momentos de conciencia y voluntad, producirlos más a menudo, esforzándonos por que duren más tiempo, produciéndolos no sólo en momentos de tranquilidad, sino sobre todo en situaciones difíciles, en donde ciertamente necesitamos más de ellos para no actuar mecánicamente, para tomar las decisiones correctas, para no enredar las cosas mediante cadenas de acontecimientos mecánicos a los que llamamos nuestro “hacer”.

El despertar de la voluntad indica constante lucha con nuestras tendencias mecánicas, nuestro impulso abrumador a dormir, esfuerzo por elevarnos por encima de vivir casi exclusivamente en las partes inferiores y mecánicas de los centros, por vivir en las partes intelectuales. Esto se manifiesta en nuestra vida de tal manera que reemplazamos crecientemente los acontecimientos mecánicos en nuestras funciones por acciones intencionales. Lema: ¡decide lo que haces!

El camino a recorrer

La enseñanza de las escuelas secretas (esotéricas) recalca que el hombre es una creación especial, tan separada de los animales como los animales están separados de las plantas y las plantas de los minerales. El género humano constituye un reino de la naturaleza en sí misma, el cuarto reino. La cualidad más importante de este reino es la posibilidad de autoconciencia. El hombre puede convertirse en autoconsciente, consciente en sentido real. No lo es aún, excepto ocasionalmente, pero esas ocasiones representan experiencias pico en su vida, esos raros momentos en los que se sintió realmente vivo.

¿Por qué esa conciencia que es la auténticamente humana debería reducirse a manifestarse rara vez y sólo espontáneamente? ¿Por qué no deberíamos ser capaces de producir autoconciencia intencionalmente? ¿Por qué no deberíamos, aplicando el correcto esfuerzo, ser capaces de alcanzar un estado superior en donde la verdadera conciencia humana, la autoconciencia, se convierta en algo permanente, para nunca más perderse de nuevo? En lo que se refiere a individuos normales, no hay otros obstáculos al desarrollo de nuestra conciencia que nuestra propia ignorancia y poca disposición a realizar los esfuerzos. Todos los seres superiores y suprahumanos que han venido a elevar al género humano, individuos como Pitágoras y Gautama Buda, han dejado el mismo mensaje: el hombre es capaz, mediante el conocimiento correcto y el esfuerzo correcto, de alcanzar estados superiores de conciencia; al principio sólo momentáneamente, pero con el tiempo puede ser estabilizado en esos estados, ser transformado con efectos perdurables. Estos mensajeros han sido unánimes también respecto a los métodos de este desarrollo: el entrenamiento de la conciencia a través de la observación, la auto-observación, el agudizamiento de la atención, el esfuerzo conducente al autorrecuerdo:

El Buda Bendito dijo una vez a sus discípulos, “Sentémonos en silencio y que nuestros ojos observen.” Después de un rato el Maestro preguntó “¿Cuántas veces he cambiado de posición?” Uno anotó diez cambios, otro sólo tres, y otro insistió en que el Maestro había permanecido quieto. El Señor de Sabiduría sonrió “he cambiado de posición y los pliegues de mi hábito setenta y siete veces. Mientras no veamos claramente no nos convertiremos en Arhats”.

En terminología budista un arhat es la designación de un individuo que se ha estabilizado en la primera clase de conciencia superior suprahumana. Pitágoras era un arhat. Gautama había llegado mucho más lejos.

Se trata de un camino a recorrer, un camino que existe porque muchos individuos ya lo han recorrido y cubierto sus etapas. Algunos de aquellos que han ido antes han vuelto, estando preparados para guiarnos a través de todas las etapas del camino. En su viaje a la meta todos pasan a través de estas etapas, porque estas últimas corresponden a cualidades y facultades definidas a adquirir, estados superiores definidos a alcanzar. El sendero es objetivo, no subjetivo. Existe y es lo que es, de manera independiente de nuestras concepciones del mismo. El hecho de que el sendero sea objetivo significa que uno no puede hacer su propio camino según lo que uno imagina que este desarrollo de conciencia signifique. No se pueden aceptar algunos elementos de la enseñanza y rechazar otros, no se pueden aplicar ciertas reglas o leyes desafiando al mismo tiempo otras, si uno quiere progresar en el camino y alcanzar la meta algún día.

El camino es la promesa de éxito final. Dado que algunos individuos han tenido éxito y han alcanzado la meta, uno será capaz de hacerlo también. Sin embargo, uno no debería esperar alcanzar la meta en esta vida; el sendero es demasiado largo y difícil, las capacidades propias son demasiado pequeñas y el tiempo demasiado corto. Pero si uno se lo toma en serio, uno siempre se las arreglará para recorrer una etapa o parte de una etapa, de manera que se acerque un poco más a la meta. Y todo el trabajo que se realiza en pos de la perfección está hecho para el futuro. Ningún trabajo hecho para el bien se pierde jamás.